

Bibliografía

COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, «El Espíritu del Señor». BAC.

PABLO VI, Carta Apostólica *Octogésima adveniens*.

JUAN PABLO II, Sollicitudo Rei Socialis, 1988.

— *Los laicos cristianos*, «Exhortación Apostólica», 1989.

COMISIÓN PERMANENTE DE LA CEE, «Los católicos en la vida pública», 1986.

CEE, «Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo», 1991.

COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, «La Iglesia y los pobres», 1994.

LOS OBISPOS DE ARAGÓN, «Reflexión sobre la pobreza en nuestros pueblos y ciudades»,
1ª parte, 1992; 2ª parte, 1994.

Jürgen MOLTSMANN, «La justicia crea futuro», Sal Terrae, 1992.

Joaquín GARCÍA ROCA, «La dimensión pública de la fe», Fe y Secularidad, 7.

José IGNACIO CALLEJA, «Iglesia evangelizadora», Sal Terrae.

— «Evangelizar en un mundo postcristiano», Sal Terrae, 1993.

Jesús ESPEJA, «Iglesia en camino», San Pablo, 1993.

— «El coraje de futuro», San Pablo, 1995.

José I. GONZÁLEZ FAUS, «Justicia», *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, 1993.

Javier VITORIA, «Teología de la Trinidad y compromiso por la justicia», ST, septiembre, 1988.

El Espíritu Santo en la Sagrada Escritura (II)

Rev. Aragon. Teol. 8 (1998)

Julián Ruiz Martorell

2. Nuevo Testamento¹

En el Nuevo Testamento aparecen dos puntos absolutamente característicos del pensamiento cristiano sobre el Espíritu Santo:

- La afirmación de la esperada gran efusión del Espíritu se ha realizado ya y ha producido sus efectos (primero en Jesús, el Mesías, y por él en el nuevo pueblo universal).
- Una «personalización» del Espíritu cada vez más clara, dependiente de la revelación del misterio de Dios en Jesús, y todo ello «según las Escrituras».

El Espíritu Santo es fuerza de Dios, poder activo de Dios, primero en Jesús y después en la Iglesia. En el momento en que empieza la gran experiencia del Espíritu en la Iglesia, la predicación cristiana presentaba así a Jesús: *«Este hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y señales que por él realizó Dios... Elevado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado lo que vosotros estáis viendo y oyendo...»* (Hch 2,22-23). Al evocar sus «comienzos en Galilea, después del bautismo proclamado por Juan», Pedro recuerda *«cómo Dios lo ungió con Espíritu Santo y poder»* (Hch 10,37-38). «Espíritu Santo» y «poder» son expresiones muy próximas: Lc 1,35: *«El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra»*; Hch 1,8: *«recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra»*.

La mayoría de expresiones que en el AT describen las operaciones del Espíritu de Dios se repiten en el NT: el Espíritu Santo viene de arriba, del cielo (Mc 1,10; Jn 1,32s; 1 Pe 1,12), del Padre (Jn 15,26; 16,13), desciende (Hch 10,44; 11,15), es enviado o dado por el Padre (Lc 11,13; Rom 8,15s; Gal 4,6; 1 Jn 3,24; 4,13) o difundido (Hch 2,17; Tit 3,5s), llena al hombre (Lc 1,15; 4,1; Hch 2,4; 4,8) o habita en él (Rom 8,9; 1 Cor 3,16).

¹ Cf. P. van IMSCHOOT - F. PRODHOMME, «Espíritu de Dios», en *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona 1993, 551-552.

1. Siete textos del Nuevo Testamento sobre el Espíritu²

En un primer momento, nos fijaremos en siete grandes textos del evangelio de San Juan, de la carta a los Romanos y de la carta a los Gálatas. Nos interesa la manera que tiene de *denominar* al Espíritu Santo; el modo en que presentan su *origen divino* y la *función* que el Espíritu realiza en la comunidad o en cada hombre.

1. Jn 14,16-17.26

«Y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis porque mora en vosotros y en vosotros está. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho».

Denominación: Paráclito, Espíritu de la Verdad, Espíritu Santo. *Paráclito* es término forense que indica al que es llamado para auxiliar: el abogado defensor tanto en su función de protección y defensa como de animación y consuelo. En san Juan, «Paráclito» no tiene el carácter pasivo de quien «es llamado», sino el sentido activo de quien acude para ayudar, proteger y consolar.

Espíritu de la Verdad es una expresión que se repite en los capítulos 14, 15 y 16 del Evangelio joánico y que se relaciona con la afirmación de que Jesús es la Verdad (Jn 14,6: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»; Jn 18,37b: «Respondió Jesús: «Sí, como dices, soy Rey. Para esto he nacido yo y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad»). Y si la verdad es la revelación de Jesús, el Espíritu de la Verdad es la luz que permite contemplar esta revelación centrada en la persona de Jesús. «Espíritu de la verdad» significa el Espíritu de Jesús que es la verdad; y, funcionalmente, la claridad que permite «ver y creer» la revelación de la verdad que es la persona de Jesús.

La expresión *Espíritu Santo* se encuentra setenta veces en el NT. Aparece como el clima de santidad de la comunidad nueva de Jesús y como el principio de santificación del hombre. La función primordial del Espíritu es la santificación del hombre y de la comunidad de Jesús el Hijo, el Santo de Dios. Los textos más significativos son: 2 Tes 2, 13 (la salvación «mediante la santificación del Espíritu y la fe en la verdad»); Rom 1, 4 (Jesús constituido como Hijo de Dios por la «Fuerza del Espíritu de santificación y de resurrección»); Ef 1, 17 (Jesús da a los creyentes el «Espíritu de santificación y de revelación»); Gal 5, 22 (el fruto de santidad del Espíritu).

Función: El Espíritu «es dado» para que permanezca eternamente en los discípulos. El v. 17 expresa que lo propio y distintivo del ser de Dios es su presencia rela-

² En este apartado seguimos a J. M.^a ROVIRA BELLOSO, «El don del Espíritu Santo», en *Tratado de Dios Uno y Trino*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1993, 486-501.

cional «habita en vosotros». Dios ha prometido «seré con vosotros» (Mt 28,20: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»). Se subraya la estabilidad y la intimidad de esta presencia.

El Espíritu, en cuanto permanece en nosotros, tiene la función de *enseñar* y *hacer recordar* todo lo que enseñó Jesús. Es la luz del corazón y de la comunidad en cuya claridad puede percibirse a Jesús como Señor (1 Cor 12,3). En esta luz la palabra de Jesús aparece como verdad significativa: ya no es una palabra más, sino la que revela el amor fiel de Dios en el comportamiento humano de Jesús.

Origen: el Espíritu aparece como enviado del Padre en el nombre de Jesús.

2. Jn 15, 26-27

«Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, y que yo os enviaré de junto al Padre, él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio».

Denominación: Paráclito, Espíritu de la Verdad.

Origen: doble procedencia. El Espíritu procede de Jesús que lo envía desde su situación de viviente glorioso —cabe el Padre—; pero también se dice que «procede del Padre».

Función: dar testimonio. El Espíritu es la vida que avala y da relieve y credibilidad a la palabra de Jesús, cuando realiza en nosotros lo que ella dice, anuncia y promete. El Espíritu da testimonio traduciendo en vida lo que la palabra contiene en cuanto revelación. El Espíritu es la luz que enseña esa revelación, el «maestro interior». El Espíritu es el testimonio interior y divino, verdadero y bueno, que instruye íntimamente y mueve a recordar el comportamiento revelador de Jesús, haciéndonos a nosotros testigos de su doctrina y de su vida. La función del Espíritu es *Presencia* y *Anámnesis*, para interiorizar la vida del Señor Jesús en la comunidad. La presencia del Espíritu es la experiencia de Jesús vivo y la experiencia de nuestra conversión a él. El Espíritu es más el que *hace experimentar* que el experimentado. Es luz invisible que ilumina nuestros ojos haciendo resplandecer a Jesús en la opacidad o ambigüedad de la vida.

3. Jn 16, 7-11

«Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré; y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio; en lo referente al pecado, porque no creen en mí; en lo referente a la justicia, porque me voy al Padre y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el Príncipe de este mundo está condenado».

Denominación: Paráclito, el Valedor o Consolador que trata de convencer al mundo y de condenar al Príncipe de este mundo, lo cual implica confortar y consolar a los que sufren su embate pecaminoso e injusto.

Origen: el Hijo envía al Espíritu.

Función: «convencer al mundo». El Paráclito actúa como Abogado de los fieles y como Santo Acusador. El Espíritu arguye en forma convincente al mundo acerca de su pecado de incredulidad («porque no creen en mí»); acerca de la injusticia que supone haber condenado a Jesús el Hijo inocente y amado del Padre («porque me voy al Padre y ya no me veréis»); acerca del juicio en que el Príncipe de este mundo es juzgado, condenado y arrojado fuera del mundo («porque el Príncipe de este mundo está condenado»).

También hoy el Espíritu es quien nos convence acerca de la verdad y de la justicia de Jesús. Si no estuviéramos atraídos por él permaneceríamos en la tiniebla de la incredulidad, que es la situación opuesta a permanecer en la cálida luz del Espíritu. Aparece el Espíritu como la orientación fundamental del hombre nuevo, que ensancha los límites de todo egoísmo personal o ideológico.

La fe en Jesús, promovida por la acción convincente del Espíritu, no es solamente la contemplación de la verdad, sino la práctica de toda justicia mesiánica, cuyo camino empezó Cristo, y cuya orientación de fondo señala incansablemente, desde dentro, el don del Espíritu. La acción convincente y vital del Espíritu es incompatible con el poder que acusa y esclaviza al hombre y, por eso, el «Príncipe de este mundo» es condenado y arrojado fuera.

4. Jn 16, 13-15

«Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros».

Denominación: Espíritu de la Verdad.

Origen: El Espíritu recibe lo propio de Jesús, así como Jesús lo ha recibido todo del Padre (v. 15).

Función: Triple:

- a) El Espíritu Santo nos conducirá como guía hacia la verdad total de Jesús. La «verdad» aparece como «camino verdadero» que supone «caminar como Jesús caminó» (1 Jn 2, 6).
- b) Anunciará lo que está por venir: el Espíritu no es solamente el que hace recordar significativamente los dichos y hechos de Jesús, sino la orientación hacia el futuro que clarifica en qué consiste seguir a Jesús y continuar su acción.
- c) Glorificará a Jesús porque reflejará para el mundo la luz de Jesús. Recibirá lo que es propio de Jesús (su mensaje y su amor fiel) y lo anunciará, en el sentido de que nos lo comunicará e interiorizará. De esta manera la gloria de Jesús estará en el corazón del creyente y en el clima de la comunidad.

En este texto san Juan nos enseña que el Espíritu no es solamente la fuerza del soplo de Dios, sino un «él» vivo, una presencia, que hace recordar, que dirige interiormente como impulso vital hacia el futuro, que es maestro interior de la verdad y de la justicia, que habla lo que escucha, que se introduce como testimonio divino y que arguye convincentemente. Es «alguien» personal.

El evangelio joánico presenta al Espíritu Santo como don y comunicación del Padre y del Hijo. Este «Don» aparece, por una parte, distinto del Padre y del Hijo, ya que entre ellos media la distinción que existe entre quien envía y el enviado. Por otra parte, el don del Espíritu aparece como comunicación pura de inteligencia, amor y vida. Comunicación de inteligencia porque enseña, convence, da testimonio, hace recordar, orienta o guía en la dirección de Jesús. Comunicación de amor, porque este recuerdo es cálido y afectivo y reconstruye los rasgos del Jesús histórico según ese conocimiento en que la inteligencia es el amor. Comunicación de vida, pues para esto permanece junto a nosotros, con nosotros y en nosotros.

Lo más importante es que se trata de una comunicación *de Dios que es Dios*. El Espíritu es Dios comunicado, Dios enviado del Padre y del Hijo. A quien es comunicación de inteligencia, amor y vida, siendo él mismo distinto de los otros, a ese le denominamos persona. En la Santísima Trinidad cada persona tiene su propia manera de subsistir, como Origen (Padre), Palabra (Hijo) y Espíritu.

5. Rom 5, 5

«Y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado».

- La frase «ha sido derramado en nuestros corazones» indica la *permanencia* del don en nuestros corazones.
- Lo propio del Espíritu es «ser dado». Por eso es don, autocomunicación de Dios.
- El amor de Dios ha sido derramado *por* el Espíritu. El Espíritu es comunicación pura, sin que necesite un transmisor intermediario. El amor con que Dios nos ama se ha interiorizado por el Espíritu. El Espíritu Santo es el don verdadero del amor fiel que es Dios.

6. Rom 8, 9-16

«Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece; mas si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo haya muerto ya a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia. Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros. Así que, hermanos míos, no somos deudores de la carne para vivir se-

gún la carne, pues, si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis. En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios».

Denominación y origen: Espíritu de Dios, Espíritu de Cristo, Espíritu del (Padre) que resucitó a Cristo de entre los muertos, Espíritu de filiación que nos hace semejantes al Hijo y nos identifica con él.

Función: Aparece el Espíritu Santo como Espíritu de vida y de resurrección, capaz de vivificarnos a pesar del pecado y de la muerte. La última palabra cristiana ante la muerte es la realidad del Espíritu vivificante y vivificador, del cual nada podríamos decir si Jesús no lo hubiera mostrado en su vida y en su muerte.

El Espíritu nos da el dinamismo de los hijos de Dios: nos otorga la filiación; es decir, reproduce entre nosotros y el Padre la relación de donación y recepción de vida que constituye la relación filial entre Jesús y el Padre, y la interioriza en nosotros.

Esta relación se expresa en la plegaria cristiana, que impulsada por este espíritu de filiación tiene como punto culminante la primera palabra del Padre Nuestro de Jesús: «Abbá».

El Espíritu sintoniza con nuestro espíritu. Se junta con nuestro espíritu y da testimonio interior de que somos hijos de Dios. El Espíritu nos hace experimentar la liberación y la filiación propias de Jesús. Al dar, en nuestro espíritu, testimonio de que somos realmente hijos, nos impulsa y clarifica para actuar como tales: como verdaderos hermanos.

Nada más íntimo e inherente que el mismo Espíritu en nosotros o que nuestro espíritu «iluminado» por el don. Nada más gratuito que el Don y que la «iluminación» que el don nos ha traído.

El Espíritu nos permite reconocer a Cristo (1 Cor 12, 3) como Camino y Puerta hacia el Padre, verdadero horizonte trascendente.

7. Gal 4, 4-6

«Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!».

Denominación y origen: Es el Espíritu del Hijo enviado por el Padre.

Función: El Padre declara llegada la plenitud de los tiempos y envía al Hijo a liberar toda miseria «en el nombre del Padre» precisamente. A los rescatados de la esclavitud de la ley les concede la filiación y, como prueba de esta nueva condición, envía a los corazones al Espíritu del Hijo que clama al Padre en oración de amor tierno y fiel.

2. Funciones y símbolos del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento³

En el AT la acción de Dios consiste en proclamar una palabra, en anunciar una promesa, en bendecir al hombre y al pueblo, en llamar e iluminar a sus profetas. En el NT la acción de Dios sobre los hombres se atribuye, con mayor claridad, a la Palabra de Dios y al Espíritu Santo.

Recogeremos la serie de acciones que, teniendo como epicentro al Espíritu de la Verdad y del Amor, se despliegan en la vida de Jesús, en la vida de los cristianos y en la vida de la Iglesia. La contemplación de las múltiples acciones del Espíritu Santo en el NT permiten concebirlo como «persona divina», pues «el que diviniza no es otro que Dios».

1. La paloma, símbolo del Espíritu que desciende con suavidad sobre Jesús

En los textos evangélicos que narran el Bautismo de Cristo (Mt 3,16; Mc 1,10; Lc 3,16-22; Jn 1,32-33) hay un movimiento de encuentro recíproco, en virtud del cual Jesús asciende del agua y el Espíritu Santo desciende sobre él, como si se encontraran el cielo y la tierra, lo divino y lo humano. El movimiento gratuito y suave del descenso del Espíritu aparece simbolizado por la *paloma*.

Mt 3,16. *«Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él».*

Mc 1,10: *«No bien hubo salido del agua, vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu en forma de paloma bajaba a él».*

Lc 3,21-22: *«Cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”».*

Jn 1,32-33: *«Y Juan dio testimonio diciendo: “He visto al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se quedaba sobre él. Y yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo”».*

Como variante de este descenso, en los Hechos de los Apóstoles se dice que el Espíritu «cayó» sobre los reunidos: *«Había empezado yo a hablar cuando cayó sobre ellos el Espíritu Santo, como al principio había caído sobre nosotros»* (Hch 11,15).

2. El agua, símbolo de la inmersión en el Espíritu (bautismo en agua y en Espíritu)

La entrada o inmersión de Jesús —y, posteriormente, de sus discípulos— en la esfera del Espíritu, es fundamental: ser sumergidos en el Espíritu para adquirir sabiduría y amor es el principio y el final del proceso de la vida cristiana (Mt 3,11; 28,19; Lc 3,22; Hch 1,4-5; 1 Cor 12,13).

³ Recogemos los datos de J. M.^a ROVIRA BELLOSO, o.c., 501-511.

Mt 3,11: «Yo os bautizo con agua para conversión; pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no merezco llevarle las sandalias. Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el Fuego».

Mt 28,19: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Hch 1,4-5: «Mientras estaba comiendo con ellos les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre, "que oísteis de mí: que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días».

1 Cor 12,13: «Porque en un solo Espíritu hemos sido bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu».

El símbolo del agua representa la inmersión en el Espíritu, así como el manantial de vida eterna que brota de los sumergidos o bautizados.

3. El óleo, símbolo de la unción del Espíritu que unge a Jesús

Según Lc 4, 18, el Espíritu Santo envía también al mundo a Jesús, junto con el Padre («me ha ungido y me ha enviado»). Es el Padre quien envía a Jesús al mundo, pero el Padre dice «pondré mi Espíritu sobre él», de modo que es el Espíritu de Dios quien unge (llena) a Jesús y lo «envía» a evangelizar. Así el Padre «da» a su Hijo al mundo, y el Espíritu lo conduce para anunciar la buena noticia a los pobres.

Lc 4,18-19: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor».

El texto fundamental que presenta la acción liberadora y justificadora de Jesús-Mesías dice que «Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y pasó haciendo el bien» (Hch 10,38).

El óleo simboliza la unción espiritual de Jesús y de los cristianos.

4. La atmósfera limpia, símbolo del clima gozoso de la oración de Jesús

Jesús se alegra en el Espíritu, y en él ora, dando gracias. Lc 10,21: «En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito"».

La atmósfera limpia y estimulante, símbolo primordial de la «rûaj» divina, o la brisa suave de 1 Re 19,12, que simboliza la espiritualidad de Dios y la intimidad de su trato con los profetas, son los símbolos de ese nivel espiritual y de clima gozoso del Reino de Dios.

Los cristianos «se alegran con una alegría inefable y esplendorosa» (1 Pe 1,8), porque por «la revelación de su gloria se alegran llenos de gozo» (1 Pe 4,13).

5. *El gozo, el canto, símbolos de la plenitud del Espíritu, que llena los corazones de Jesús y de los hombres*

La plenitud del Espíritu llena los corazones: de Jesús (Lc 4,1); de María (Lc 1,35); de Isabel (Lc 1,41); de Zacarías (Lc 1,67); de Juan Bautista (Lc 1,15); de todos (Hch 2,4; 4,31); de Pedro (Hch 4,8); de los diáconos (Hch 6,3); de Esteban (Hch 7,55); de todas las Iglesias (Hch 9,31); de Bernabé (Hch 11,24); de Pablo (Hch 13,9). Los cristianos son henchidos de Espíritu y de gozo (Hch 13,52). Por eso, san Pablo dice: «Llenaos de Espíritu Santo» (Ef 5,18).

Lc 4,1: «Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto».

Lc 1,35: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra».

Lc 1,41: «Y en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo».

Lc 1,67: «Zacarías, su padre, quedó lleno del Espíritu Santo, y profetizó diciendo...»

Lc 1,15: «Porque (Juan Bautista) será grande ante el Señor (...); estará lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre».

Hch 2,4: «quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse».

Hch 4,31: «Acabada su oración, retendió el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía».

Hch 4,8: «Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo...»

Hch 6,3: «Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, y los nombraremos para este cargo».

Hch 7,55: «Pero él (Esteban), lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios».

Hch 9,31: «Las Iglesias por entonces gozaban de paz en Judea, Galilea, y Samaria; se edificaban y progresaban en el temor del Señor y estaban llenas de la consolación del Espíritu Santo».

Hch 11,24: «porque (Bernabé) era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe».

Hch 13,9: «Entonces Saulo también llamado Pablo, lleno de Espíritu Santo...»

Hch 13,52: «Los discípulos quedaron llenos de gozo y del Espíritu Santo».

Símbolo de la plenitud del Espíritu es el gozo que irradian los que están henchidos del Espíritu: el canto, el poema, la oración confiada son manifestaciones de esta plenitud.

6. El viento, símbolo del Espíritu que mueve y conduce a los hombres

El Espíritu mueve los corazones en un serie de acciones:

- a) *Conduce*: a Jesús al desierto (Mt 4,1: «Entonces Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo»; Mc 1,12: «A continuación, el Espíritu le impulsa al desierto»); lo devuelve a Galilea (Lc 4,14: «Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu»). En Gal 5,18 se habla de dejarse llevar por el Espíritu: «Pero, si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley».
- b) *Envía*: a los discípulos en el mismo sentido que, en Lc 4,18, envía a Jesús a la misión de la que brota la Iglesia (Hch 13,4: «Ellos, pues, enviados por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia y de allí navegaron hasta Chipre»). En sentido contrario: Hch 16,6-7, el Espíritu levanta barreras allí donde los discípulos no deben ir: «Atravesaron Frigia y la región de Galacia, pues el Espíritu Santo les había impedido predicar la Palabra en Asia. Estando ya cerca de Misia, intentaron dirigirse a Bitinia, pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús».
- c) *Mueve*: A David (Mt 22,43: «Pues ¿cómo David, movido por el Espíritu, le llama Señor, cuando dice...»; Mc 12,36: «David mismo dijo, movido por el Espíritu Santo...»). Mueve a Simeón (Lc 2,25-28: «Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu Santo, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo...»). Arrebata a Felipe (Hch 8,39: «y en saliendo del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y ya no le vio más el eunuco, que siguió gozoso su camino»). Mueve a Ágabo a profetizar (Hch 11,28: «Uno de ellos, llamado Ágabo, movido por el Espíritu, se levantó y profetizó que vendría una gran hambre sobre toda la tierra...»).
- d) *Mueve a hablar, a confesar, a predicar*.

— El Espíritu habla en nosotros, nos enseña lo que debemos decir (Mt 10,20; Mc 13,11; Lc 12,12).

Mt 10,20: «Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre es el que hablará en vosotros».

Mc 13,11: «Y cuando os lleven para entregaros, no os preocupéis de qué vais a hablar; sino hablad lo que se os comunique en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo».

Lc 12,12: «*porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir*».

- Mueve a confesar a Jesús: la confesión de Jesús se realiza «en el Espíritu Santo» (1 Cor 12,3: «*Por eso os hago saber que nadie, hablando por influjo del Espíritu de Dios, puede decir: "¡Anatema es Jesús!" y nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo*»). Nuestro conocimiento espiritual proviene del Espíritu: consiste en «palabras aprendidas del Espíritu» (1 Cor 2,12-13: «*Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales*»).
 - La fuerza del Espíritu acompaña la predicación la cual es recibida «en el gozo del Espíritu Santo» (1 Tes 1,5-6: «*ya que os fue predicado nuestro evangelio no sólo con palabras sino también con poder y con el Espíritu Santo, con plena persuasión. Sabéis cómo nos portamos ante vosotros en atención a vosotros. Por vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor abrazando la Palabra con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones*»).
- La predicación no es simple vocerío: es acción apostólica realizada en el Espíritu Santo (1 Pe 1,12: «*Les fue revelado que no administraban en beneficio propio sino en favor vuestro este mensaje que ahora os anuncian quienes os predicán el Evangelio, en el Espíritu Santo enviado desde el cielo; mensaje que los ángeles ansían contemplar*»). Donde hay predicación, palabra acertada sobre Jesús o conocimiento de Dios, hay Espíritu.
- El Espíritu mueve a hablar a los profetas: habla por boca de David (Hch 1,16; 4,25; 8,29; 10,19; 11,12; 13,2; 21,11); por boca de Isaías (Hch 28,25). Dios inspira a los profetas (Hch 1,2; Ap 22,6).
 - El Espíritu irrumpe, acompaña a las personas o está presente en la comunidad. El Espíritu estaba en Simeón (Lc 1,41; 2,25). Cuando en la comunidad hay amor de comunión es porque esta comunidad se mueve en el nivel del Espíritu (Col 1,8: «*Epafras nos informó también de vuestro amor en el Espíritu*»).
 - Esta fuerza que irrumpe, purifica los corazones de los fieles: purifica, expulsa los demonios (Mt 12,28: «*Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios*»). El misterio del pecado contra el Espíritu es la cerrazón pertinaz al Espíritu Santo que muestra la trascendencia de Jesús, como enviado del Padre. De ahí, la importancia de «no mentir» al Espíritu (Hch 5,3: «*Pedro le dijo: Ananías, ¿cómo es que Satanás llenó tu corazón hasta inducirte a mentir al Espíritu Santo quedándote con parte del precio del campo?*»); de «no re-

sistirle» (Hch 7,51: «¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo!»); de «no contristarle» (Ef 4,30: «No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención»)

El símbolo del viento impetuoso sugiere el movimiento hacia el reino de Dios que el Espíritu imprime en los fieles.

7. El maestro interior, símbolo del Espíritu que enseña y da testimonio

- a) *Enseña*: «Os lo enseñará todo», «os lo recordará todo» (Jn 14,17-26). El Espíritu como «memorial» (recuerdo actualizado y anticipador) y maestro interior que hace recordar.
- b) *Da testimonio*: el Espíritu convence al mundo reprochándole el pecado de no creer en Jesús (Jn 16,9ss). En positivo: da testimonio acerca de la verdad y la credibilidad de Jesús (Ap 2,7: «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias»; lo mismo en Ap 2, 11.17. 29; 3,6.13.22).
El Espíritu, en la línea del «decir testimonial» (Hb 3,7-8: «Por eso, como dice el Espíritu Santo: Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones...»), predice o profetiza (1 Pe 1,10-11: «Sobre esta salvación investigaron e indagaron los profetas, que profetizaron sobre la gracia destinada a vosotros, procurando descubrir a qué tiempo y a qué circunstancias se refería el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, cuando les predecía los sufrimientos destinados a Cristo y las glorias que les seguirían»), advierte a las iglesias cuál es el camino recto que deben seguir para ser «testigos fieles» del Dios vivo y de Jesús (Ap 2,7.11.17. 29; 3,6.13.22: «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias»; Ap 19,10: «El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía»).
- c) *El Espíritu toma decisiones, resultado de su deseo de regir la Iglesia para que dé testimonio de Jesús*. «Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros» (Hch 15,28). Su aspiración es dar testimonio de la verdad y regir la Iglesia de Cristo interiormente.

8. La llama, el agua viva, el ósculo de paz, símbolos del Dios divino, por excelencia, centrado en el amor

Don sin medida, comunicado, dado, derramado, entregado por el Padre y el Hijo, y recibido por los creyentes: Lc 11,13; Jn 3,34; 20,22; Hch 2,17.18.33.38; 8,15.17.18.19; 10,45 (derramado); 10,47; 15,8 (comunicado); 19,2-55; Rom 5,5; 1 Cor 2,12 (hemos recibido el Espíritu). ¡Nos ha sido suministrado el Espíritu! (Flp 1,19).

Lc 11,13: «Si pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!»

Jn 3,34 (habla Juan Bautista acerca de Jesús): «Aquel a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, porque le da el Espíritu sin medida».

Jn 20,22: «Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”».

Hch 2,17-18 (cita de Jl 3,1-5): «Sucederá en los últimos días, dice Dios: Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán sus hijos e hijas; los jóvenes tendrán visiones y los ancianos sueños. Y yo sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu».

Hch 2,33: «Y exaltado por la diestra de Dios, (Jesús resucitado) ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros véis y oís».

Hch 2,38 (primeras conversiones): «Pedro les contestó: "Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo».

Hch 8,15.17-20: «(Pedro y Juan) bajaron (a Samaría) y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo. Al ver Simón que mediante la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu, les ofreció dinero diciendo: "Dadme a mí también este poder para que reciba el Espíritu Santo aquel a quien yo imponga las manos". Pedro le contestó: "Vaya tu dinero a la perdición y tú con él; pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero"».

Hch 10,45-47: «Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles, pues les oían hablar en lenguas y glorificar a Dios. Entonces Pedro dijo: "¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?"».

Hch 15,8 (discurso de Pedro en Jerusalén): «Y Dios, conocedor de los corazones, dio testimonio en su favor comunicándoles el Espíritu Santo como a nosotros».

Hch 19,1-5: «Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo atravesó las regiones altas y llegó a Éfeso donde encontró algunos discípulos: les preguntó: "¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando abrazasteis la fe?" Ellos contestaron. "Pero si nosotros no hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo. Él replicó: "¿Pues qué bautismo habéis recibido?" —"El bautismo de Juan", respondieron. Pablo añadió: "Juan bautizó con un bautismo de conversión, diciendo al pueblo que creyesen en el que había de venir después de él, o sea, Jesús". Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús».

Rom 5, 5: «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado».

1 Cor 2, 12: «Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que nos ha otorgado».

Flp 1,19: «Pues yo sé que esto servirá para mi salvación gracias a vuestras oraciones y a la ayuda prestada por el Espíritu de Jesucristo».

El Espíritu se recibe por la fe:

— Gal 3, 5.14: «El que os otorga, pues, el Espíritu y obra milagros entre vosotros ¿lo hace porque observáis la ley o porque tenéis fe en la predicación?»

(...) a fin de que llegara a los gentiles, en Cristo Jesús, la bendición de Abraham, y por la fe recibiéramos el Espíritu de la Promesa».

- Gal 5, 5: «Pues a nosotros nos mueve el Espíritu a aguardar por la fe los bienes esperados por la justicia».

El Don de Dios se diversifica en pluralidad de *dones*, centrados en el amor:

- Paz y gozo (Rom 14,17: «Que el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo»).
- Esperanza y fuerza en el Espíritu (Rom 15,13: «El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo»).
- Amor (Rom 15,30: «Pero os suplico, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu Santo, que luchéis juntamente conmigo en vuestras oraciones rogando a Dios por mí»), amor (Col 1, 8: «Epafras nos informó también de vuestro amor en el Espíritu»).
- Sabiduría y revelación (Ef 1,17: «para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente»; Ef 3,5: «Misterio que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu»).
- Fortalecimiento del hombre interior (Ef 3,16: «para que os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis vigorosamente fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior»).
- Renovación en el Espíritu (Ef 4,22—23: «habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús a despojaros, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, a renovar el espíritu de vuestra mente, y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad»).
- No timidez, sino fortaleza, caridad y templanza (2 Tim 1,7: «Porque no nos dio el Señor a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza»).
- El «fruto» es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza (Gal 5,22-23: «En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley»).
- Unidad de múltiples dones:
Ef 4,4: «Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados».

Flp 1,27: «Lo que importa es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo, para que tanto si voy a veros como si estoy ausente, oiga de vosotros que os mantenéis firmes en un mismo espíritu y lucháis acordes por la fe del Evangelio».

Porque somos partícipes de un único Espíritu: Hb 2,4: «*testificando también Dios con señales y prodigios, con toda suerte de milagros y dones del Espíritu Santo repartidos según su voluntad*»; Hb 6,4: «*cuantos gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo*». Hay unidad porque todos los dones y carismas están centrados en el amor.

Símbolo del Amor es el beso de paz y las *manos* abiertas y enlazadas de la caridad. Símbolo del Don interior es el *agua viva*:

- Jn 4,10: «*Jesús le contestó —a la samaritana—: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva”*».
- Jn 7,37-39: «*El último día de la fiesta, el más solemne, puesto en pie, Jesús gritó: “Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí”, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado*».
- 1 Cor 12,13: «*Y todos hemos bebido de un solo Espíritu*».

También es símbolo la *llama* que arde en alabanza, así como el fuego del amor, que se desparrama en *lenguas*:

- Hch 2,1.4: «*Llegado el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos.; quedaron todos llenos del Espíritu santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse*».

Las funciones de ese único don que se derrama de forma múltiple son:

a) *Habitar*: el cristiano es templo donde habita el Espíritu Santo:

- 1 Cor 3,16: «*¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?*».
- 1 Cor 6,19: «*¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que nos os pertenecéis?*».

El Espíritu habita o inhabita en nosotros:

- Rom 8,9.11: «*Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros*».
- 2 Tim 1,14: «*Conserva el buen depósito mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros*».
- El cristiano es morada de Dios en el Espíritu (Ef 2,22: *en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu*). No ha de haber «otro Espíritu» en él (2 Cor 11,4), ya que «*el que se une al Señor, se hace un Espíritu con Él*» (1 Cor 6,17).

b) *Vivificar*: el Espíritu nos vivifica con el amor de Dios (Rom 5,5); porque es Espíritu de Vida:

- Rom 8,2.4-6.9.11-13: *«Porque la ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte (...) a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el Espíritu. Efectivamente, los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las del Espíritu, vida y paz. Mas vosotros no estáis en la carne sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece. Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros. Así que, hermanos, no somos deudores de la carne para vivir según la carne, pues, si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis».*
- Gal 5,16-18: *«Por mi parte os digo: si vivís según el espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais. Pero, si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley».*
- Gal 6,8: *«el que siembre en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembre el en espíritu, del espíritu cosechará vida eterna».*
- 2 Cor 3,6: *«la letra mata, mas el Espíritu da vida».*

Esta vida tiene una iniciación donde se reciben las primicias o arras del Espíritu (2 Cor 1,21-22: *«Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones»* ; Ef 1,13-14: *«fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del Pueblo de su posesión, para alabanza de su gloria»*), y la madurez consiste en vivir y caminar en Espíritu (1 Cor 6,17: *«Mas el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con Él»*).

c) *Santificar*: comunica la santidad de Jesús y nos consagra en la verdad.

- Rom 1,4: *«constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos».*
- Rom 8,23: *«también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo».*
- 1 Pe 1,2: (elegidos) *«según el previo conocimiento de Dios Padre, con la acción santificadora del Espíritu».*

- 1 Cor 6,11: *«Pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios».*

Nos hace caminar por la justicia de Jesucristo (1 Tim 3,16: *«Él ha sido manifestado en la carne, justificado en el Espíritu»*).

d) *Otorgar a la Iglesia multiplicidad de carismas y de ministerios.* Aparecen listas de carismas o dones para edificar la comunidad en Rom 12,6-8; 1 Cor 12,4-11 y Ef 4,11: Apostolado, profecía, gobierno, palabra de sabiduría, de ciencia, de fe, curaciones, operación de milagros, lengua, oración... (cf. Hch 20,28; 23,28; 2 Cor 3,8; 1 Tim 4,14).

- 1 Cor 12,4-11: *«Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios el que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carisma de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad».*

e) *Enseñar y ayudar a orar:* el Espíritu ayuda al hombre enseñándole a orar con gemidos inenarrables (Rom 8,23.26-27: *«también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Y de igual manera el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios».*

- Ef 6,18: *«llenaos más bien del Espíritu».*
- También el modo de orar sin palabras articuladas («hablar en lenguas») lo realiza el Espíritu (1 Cor 14,2: *«Pues el que habla en lenguas no habla a los hombres sino a Dios»*). Solamente el Espíritu escruta las profundidades de Dios (1 Cor 2,10: *«el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios»*).
- En el Espíritu se da culto y se adora como es debido a Dios que es Espíritu: Jn 4,23-24: *«Pero llega la hora (y ya estamos en ella) en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es Espíritu, y los que adoran, deben adorarlo en Espíritu y Verdad».* Flp 3,3 habla de «dar culto en el Espíritu»: *«Pues los verdaderos circuncisos somos nosotros, los que damos culto según el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús».*

Las metáforas y símbolos de la gloria, de la llama, del agua viva, indican los símbolos del Espíritu de alabanza y de adoración a Dios.

f) *Hace nacer de nuevo a los hijos de Dios*

- Según Jn 3,5-6.34 («Respondió Jesús: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios”. Le dice Nicodemo: “¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?” Respondió Jesús: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo nacido de la carne es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu...” Aquel a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, porque le da el Espíritu sin medida»), el Espíritu se da sin medida y nos hace nacer de nuevo, de lo alto, de Dios.
- Todo lo que son variantes del nacer lo realiza el Espíritu que regenera y renueva (Tit 3,5: «él nos salvó, no por las obras de la justicia que hubiéramos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo»). La nueva creación de la humanidad, su nuevo nacimiento cifrado en Cristo, se realiza por la fuerza del Espíritu (Mt 1,18: María «se encontró encinta por obra del Espíritu Santo»; Lc 1,35: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra»).
- Nosotros mismos somos llamados «hijos de Dios» y lo somos:
 - Rom 8,14-16: «En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que os hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios».
 - Gal 4,6: «La prueba de que sois hijos de Dios es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!».
 - 1 Jn 3,1: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!».

9. *El sello de la verdad y la luz son símbolos de Revelación: el Espíritu ilumina, llevando a su cima la Revelación de Cristo*

Jn 6,27: «Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os da el Hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre Dios ha marcado con su sello».

Ef 1,13; «fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa».

Ef 4,30: «no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención».

2 Cor 1,21-22: «Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones».